

GAZETA DE MADRID

DEL SABADO 25 DE NOVIEMBRE DE 1809.

SUECIA.

Estocolmo 7 de octubre.

Es imposible dar una idea del infeliz estado á que han quedado reducidos los habitantes de la Westrobothnia, cuyo país ha sido últimamente el teatro de la guerra. Los pastos han quedado destruidos, los campos sin cosechas, los ganados robados ó muertos, los habitantes han emigrado, ó mueren víctimas del hambre, de disenteria, y otras enfermedades epidémicas. El distrito de Umea cuenta 1500 muertos, sin los que han abandonado aquel desgraciado país, y los demas habitantes excitan la compasion de todos los corazones sensibles, y sus lamentos han llegado hasta nuestros oidos. En el día se estan dando todas las providencias imaginables para socorrer á nuestros desgraciados conciudadanos; y ya se ha abierto para el efecto un empréstito, sin interes, de 500 escudos de banco, y se ha aprobado un plan para recoger los donativos voluntarios con que sin duda contribuirán las demas provincias de la Suecia, destinados á mejorar la suerte de los habitantes de la Westrobothnia. El día 4 de setiembre los músicos de la capilla real han dado en la iglesia mayor la funcion del *Oratorio* de Haydn para contribuir á una obra tan caritativa, cuyo producto ha sido de 300 escudos.

PRUSIA.

Berlin 16 de octubre.

El 9 del corriente se distribuyeron aqui las medallas de mérito á los militares del regimiento de infantería de la guardia, que

se distinguieron en la última guerra, y con especialidad durante el sitio de Colberg.

Despues de haber expresado en pocas palabras el objeto de esta ceremonia, el señor teniente general conde de Tauenzien entregó la medalla á cada uno de aquellos guerreros. Por la tarde el cuerpo de oficiales dió un suntuoso banquete á todos los sargentos y soldados condecorados con esta insignia del valor, y se brindó por la salud de S. M., de su augusta familia, del señor teniente general conde de Tauenzien, del señor coronel de Gneisenau, y de todos los valientes defensores de Colberg.

HOLANDA.

Amsterdam 19 de octubre.

Quando el señor consejero de Estado Van-Pallandt presentó al cuerpo legislativo las leyes relativas á la creacion de la nobleza constitucional del reino, dirigió á los legisladores un discurso, en el que son muy notables los pasages siguientes:

„Una distincion de grados y de títulos honoríficos es indispensable para la existencia de la monarquía; así lo pedia la forma de gobierno para hacerla mas completa y mas conforme á sí misma; y la seguridad del Soberano exige que haya al rededor del trono ciertos individuos, cuya existencia está unida á su conservacion con vínculos poderosos é indisolubles.

„Las distinciones personales no pueden llenar completamente el fin propuesto; y es muy útil que aquellos cuya conducta ha sido guiada por sentimientos de honor, y que

cumpliendo con sus deberes, han probado su adhesión al Soberano á su país, hallen una recompensa cuyas ventajas puedan extenderse aun hasta las generaciones futuras. Los ejemplos de lo pasado deben excitar en ellos la noble ambición de ser útiles: las recompensas recibidas imponen á los súbditos un doble deber de reconocimiento y fidelidad hácia el Soberano. La distinción que han adquirido por su mérito en la sociedad, debe hacerles conocer toda su vida la obligación que les imponen estos títulos, y que se penetren del deber de hacerse dignos de ellos con acciones dignas de su alta gerarquía.

„Para conseguir este fin es indispensable, señores, que estos títulos puedan pasar á la posteridad para honrar á aquellas familias, cuyos dignos fundadores han merecido una recompensa del Soberano, y que han adquirido derechos á la aprobación de una nación reconocida; es necesario que su nombre sea conservado en la sociedad, así como sus acciones y sus virtudes lo serán en la historia de su patria.

„Y ved aquí los grandes principios sobre que se funda la lei, y que han sugerido á S. M. la creación de la nobleza constitucional.

„El resumen de los motivos que han concurrido á formar la lei como se os ha presentado, comprende, señores, puntos muy esenciales, que no pueden menos de llamar toda vuestra atención. S. M. está muy penetrado de vuestro celo por la felicidad del reino, y no puede dudar un instante de vuestros esfuerzos quando se trata de consolidar la forma y orden del gobierno. Concurriendo de este modo al fin que el Rei se ha propuesto, podreis consolidar las basas del gobierno y del trono, y la posteridad os llamará el apoyo y los defensores de nuestra nación.”

ESPAÑA.

Madrid 24 de noviembre.

Concluye el discurso de anteayer.

Mientras que la Inglaterra y el gobier-

no insurreccional de Sevilla se esforzaban á mantener la ilusión en el pueblo español con las patrañas y embustes mas groseros y ridículos sobre los sucesos de la guerra de Alemania, el Emperador Napoleon conseguía sobre los austriacos las victorias mas rápidas y decisivas. Los austriacos se habían figurado que hallándose en España numerosos y escogidos cuerpos de tropas francesas, apenas encontrarían ellos obstáculo ninguno que les impidiese hacerse dueños de la Alemania y de la Italia, y aun de invadir el territorio de la Francia. Su confianza era tanto mayor, quanto á un ejército de 200⁰⁰⁰ hombres de tropas veteranas y aguerridas habían juntado 400⁰⁰⁰ hombres de milicias, á los quales se les había instruido por espacio de muchos meses en el manejo de las armas y en la disciplina militar. Contaban tambien para el buen éxito de sus empresas con el auxilio de los partidarios que el oro y las maquinaciones de la Inglaterra y del Austria misma se habían grangeado entre los habitantes de algunos de los países que pensaban invadir.

El Emperador hizo quanto estuvo de su parte para impedir la guerra con Austria, sin embargo de que estaba bien seguro de su triunfo, caso que llegara á verificarse el rompimiento. Así es que no perdonó medio ninguno á fin de disuadir al gabinete de Viena de su proyecto desatinado, manifestándole los peligros á que se exponía si insistía en llevarle á efecto, y declarándole al mismo tiempo con franqueza y verdad que la Francia jamás había tenido pretensiones sobre el Austria que pudiesen serle injuriosas, ni dar motivo á tomar semejante resolución.

El gobierno austriaco hubo de creer sin duda que este proceder moderado del Emperador Napoleon provenía de debilidad; y llevado de este error, se decidió á la guerra, no dando oídos sino á las sugerencias de los agentes de la Inglaterra, que le representaban aquel momento como la ocasión mas favorable, no solamente de resarcirse de todas las pérdidas que había sufrido en las guerras anteriores, sino tambien

de acabar con todo el poder de la Francia, el qual se suponía ya sumamente debilitado con las fingidas derrotas de sus ejércitos en España.

El Emperador Napoleon, viendo que el gabinete austriaco persistía en su sistema hostil, tomó las medidas necesarias para cuidar de la seguridad de sus aliados, y para tranquilizar sus temores de verse oprimidos con una invasion repentina de los ejércitos austriacos. Sin embargo, el Emperador Napoleon, para dar todavía al universo entero un testimonio irrefragable de su moderacion, no quiso apelar al último recurso de las armas, hasta que los austriacos hubiesen cometido actos positivos de hostilidades, invadiendo el territorio de sus aliados los Reyes de Baviera y de Saxonia, y el del reino de Italia, y esparciendo en todas partes proclamas incendiarias, á fin de sublevar á los habitantes contra sus legítimos Soberanos.

Esta conducta irregular del gabinete de Viena, y de los generales de sus diferentes ejércitos, no daba ya lugar á mas contemplaciones. El Emperador Napoleon marchó con una parte de sus tropas al encuentro de los enemigos, que, orgullosos y deslumbrados con las ventajas que al principio de la campaña habian logrado ocupando algunos cortos terrenos indefensos, se creian ya colocados en el centro de la Francia.

Los malévolos y los fanáticos de España ponderaban estos triunfos mezquinos de los austriacos, y los pintaban como victorias decisivas. Unas veces decian que el Emperador Napoleon estaba cercado por un ejército innumerable en Munich; otras que se habia visto precisado á abandonar toda la Baviera y los demas estados de la confederacion á la discrecion de los austriacos, y que estos habian penetrado ya en Francia, y apoderándose de Strasburgo. No eran menos importantes y rápidas las conquistas del archiduque Juan por la Italia: se le suponía dueño de todo el estado de Venecia, del de Mantua y Milan. El nuevo Rei de Nápoles, añadian, se ha visto precisado á salir de su reino, porque los ingleses han

hecho un desembarco con grandes fuerzas en la Calabria y en la costa inmediata á la ciudad de Nápoles; y como si todo esto fuera aun poco, se contaba tambien con el auxilio poderoso de la Rusia, la qual, decian, enviaba al príncipe Constantino con un ejército formidable para socorrer al Austria, en cuyo favor se interesaba tambien eficazmente el Emperador de Turquía.

Con estos y otros semejantes embustes, de que estaban atestados los periódicos de las provincias sublevadas de España, se acoloraban las cabezas del pobre pueblo español, que los creia ciegamente, pues se tenia gran cuidado de ocultarle la verdad de los hechos. Los franceses, le decian, apenas tienen fuerzas en la península, porque la mayor parte de ellas han marchado á Alemania, donde Napoleon se ve en el mayor apuro: el REI D. Josef Napoleon ha escapado de Madrid, y refugiándose en las provincias situadas al otro lado del Ebro con unas cortas reliquias de su ejército.

Sucedía despues que quando los ejércitos insurgentes avanzaban, y se encontraban con los franceses, quienes los ponian siempre en la mas espantosa derrota, la causa de estas desgracias se achacaba regularmente, no al valor y fuerzas de los franceses, sino á la traicion ó impericia de los generales españoles, ó á otros accidentes imprevistos en la guerra. Se lisonjaban poder reparar estos descabros con el auxilio de los ingleses, y presentando en el campo de batalla masas enormes de gente armada; como si fuese lo mismo presentar en campaña hombres armados, que tener soldados diestros y aguerridos. Las consecuencias de este error han sido la mayor confusion y desórden, y la mayor mortandad de insurgentes en quantas batallas ha habido hasta ahora, lo mismo que ha sucedido en la campaña de Austria con las ponderadas milicias del *landwehr* ó armamento en masa de sus habitantes.

Es indudable que el Emperador Napoleon principió las operaciones de la campaña en Baviera, aun con menos de la mitad de tropas que las que el archiduque Carlos

tenia en aquel país. A pesar de esto en menos de ocho días fueron arrojados los austriacos de toda la Baviera, perdiendo mas de 600 hombres entre muertos y prisioneros en solo las tres batallas. Las de Eckmühl y de Ratisbona fueron tan decisivas que abrieron al vencedor las puertas de la capital del Austria, y le valieron la conquista de quatro provincias en menos de un mes despues de principiadas las hostilidades.

Lo que prueba la mala fe de los que mandaban poner en la gazeta de Sevilla y en los demas periódicos de las provincias sublevadas de España las noticias sobre la guerra de Austria, es que jamas confesaron que el Emperador Napoleon se hallaba en Viena con su ejército hasta que se dió en 23 de mayo la batalla de Esling. Hasta entonces se habia estado diciendo constantemente al pueblo que los austriacos, lejos de perder terreno, iban adelantando sus conquistas en Alemania, Italia, y aun en Francia; pero jamas se habian dado por entendidos de que los franceses hubiesen penetrado desde Baviera hasta la capital de Austria, es decir, 90 leguas mas allá de donde habian comenzado la campaña, lo qual no podia verificarse sin arrollar y destruir antes los ejércitos austriacos.

No han sido menos absurdas las noticias puestas en las gazetas de Sevilla hasta mucho tiempo despues del armisticio de Znaim; y aunque habian negado terminantemente el que este hubiese sido ajustado; sin embargo, hubieron de confesar por fin que se habia verificado con grandes desventajas por parte del Austria, y que si á consecuencia se veia esta precisada á hacer la paz, seria á costa de grandes sacrificios. Asi ha sido: el Austria pierde por el tratado de paz del 14

de octubre último una buena parte de sus provincias, y con ellas la tercera de su poblacion; y lo que es todavia mas importante para nosotros, el Emperador de Austria reconoce todas las mudanzas hechas ya en España, y las que en lo sucesivo puedan hacerse.

No demos pues lugar á que estas mutaciones se realicen, y cedan tal vez en perjuicio de la nacion entera. Si nos obstinamos aun en nuestra loca resistencia, nos exponemos á excitar la ira del vencedor de la Europa, á que nos prive de las prerogativas de una nacion libre é independiente, y á que trate á la España no como á un país aliado y amigo sino como á un país de conquista. Ya es tiempo de que reconozcamos nuestros errores, que miremos por los intereses generales de la patria, y por los particulares de cada ciudadano, y que no permitamos que unos y otros sean sacrificados á las miras de un corto número de ambiciosos, y de un gabinete pérfido, que busca su grandeza en la ruina de todas las naciones.

El Emperador Napoleon, desembarazado ya de la guerra de Austria, puede inundar la España de ejércitos numerosos; seria pues una locura el oponer entonces resistencia quando no podemos hacerla ahora. Buena prueba de esto es la batalla reciente de Ocaña, en la que el mejor y mas numeroso ejército que podia presentar la España, ha sido aniquilado en un momento, sin que para ello hayan tenido que combatir la mitad de las fuerzas francesas que estaban al frente de él. ¡Oxalá que el resultado de esta célebre jornada sea el desengaño de todos los españoles! ¡Quántos males se ahorrarian en este caso á la patria!